

Interpelaciones culturales a la experiencia de la Fe

Sergio Torres Pinto

Facultad de Ciencias Religiosas y Filosofía
“Centro de Estudios en Fe y Cultura”
Universidad Católica Silva Henríquez

No son pocos los creyentes que sienten cierta desazón ante las *interpelaciones que el contexto cultural chileno plantea a la experiencia de la fe*¹.

Por de pronto, es sano advertir que la sola pretensión de abordar las preguntas que surgen desde el medio cultural a la experiencia religiosa son múltiples y nos obliga a un doble recaudo. Por una parte, si observamos con atención, en el seno de nuestra sociedad no existe consenso respecto a cómo la cultura actual está influyendo en el ámbito religioso. Para la mayoría, es evidente una situación de cambios acelerados, pero dista mucho de haber igual consenso respecto a sus causas, su magnitud y a la orientación última de éstos. Por otra parte, no se trata sólo o principalmente de una suerte de caracterización de los rasgos culturales presentes en nuestro medio, sino de cómo y de qué maneras aquellas “interpelan” a la experiencia que las personas hacen de su vida de fe.

Por consiguiente, y en concordancia con el doble recaudo aludido, presento una aproximación intentando vincular el contexto y la experiencia de la fe esbozando dos momentos complementarios: el primero, relacionado con el análisis sobre nuestro contexto cultural; el segundo, ensayando su relación con la vivencia de la fe, en especial aquello que puede concernir a los jóvenes, pues es en este segmento etario donde se constata con mayor fuerza las dinámicas de los cambios.

1. Aproximación al contexto cultural

A la hora de una aproximación al contexto cultural opto por relevar dos características vivamente presentes en nuestro medio y que –esta es mi hipótesis– están condicionado los modos de vida, y con ello trasformando también la experiencia de la fe², desconcertando a muchos adultos e impactando de manera particular el mundo de los jóvenes.

¹ Me correspondió presentar un primer esbozo de este tema a un grupo de religiosos educadores que buscaban discernir sobre las interpelaciones más relevantes que el contexto cultural en nuestro país presenta a la experiencia de la fe, especialmente a las jóvenes, notas que he sistematizado en el presente artículo.

² El cambio religioso en nuestro medio está asociado al declive del catolicismo que ha comenzado a resquebrajarse de la mano de dos fenómenos: el evangelismo popular y el proceso de secularización, de modo particular en la población joven. Cf. VALENZUELA, Eduardo, BARGSTED, Matías, SOMMA, Nicolás. *¿En qué creen los chilenos? Naturaleza y alcance del cambio religioso en Chile*. Centros de Políticas Públicas UC, N°59, 2013.

1. El fenómeno de la globalización y la “modernización” del país

Para un número significativo de actores sociales, es casi un lugar común referirse a la globalización como el fenómeno que por excelencia está impactando nuestra sociedad, especialmente en las dos últimas décadas³. El dato de novedad no estaría en el proceso mismo, cuestión constatable en muchas regiones a nivel mundial, sino en la intensidad con la cual se ha vivido este fenómeno de manera local.

Conviene, entonces, centrar nuestra atención en el concepto de globalización⁴ y ensayar un ahondamiento en la concepción de este fenómeno que, sin que existan evidencias inequívocas de la magnitud de su impacto, ciertamente está influyendo fuertemente en nuestra sociedad y en los jóvenes. Es, hoy por hoy, el contexto natural de socialización que ellos experimentan.

En una primera etapa, ha prevalecido fuertemente la aproximación al fenómeno de la globalización como una realidad preponderantemente de tipo económico. En este sentido, la globalización, en su naturaleza profunda, sería básicamente la combinación y recíproca potencialización de tres componentes básicos: en primer término, una voluntad de extender al conjunto del mundo la economía de mercado, bajo la modalidad capitalista con el propósito de establecer universalmente una democracia pluralista; en segundo término, y directamente vinculado con lo anterior, un espacio preponderante de los actores privados, con el consiguiente debilitamiento de las formas tradicionales de organización políticas centradas en los Estados y/o naciones; y, en tercer término, apoyado en un proceso técnico cada vez más espectacular, especialmente en lo que corresponde a las tecnologías de la información y de la comunicación⁵.

Sin duda, y al parecer existe consenso en aquello, nadie disiente que el componente económico ha jugado y sigue jugando un rol de primer orden en este fenómeno. No obstante, se hace creciente la necesidad de atender a la complejidad de éste y a sus múltiples manifestaciones. En efecto, la globalización no puede entenderse, como suele valorarse preferentemente en nuestro medio, sólo como

³ Ya el Informe sobre Desarrollo Humano en Chile de 1998 del PNUD constata cómo la modernización en marcha -en un contexto globalizado- impacta en la vida cotidiana de las personas y su sociabilidad (cf. 15); y que este proceso no sólo compete los condicionamientos de la economía y de la política, sino especialmente de la cultura (cf. 67). Esta visión es ampliada y profundizada el 2002.

⁴ En la breve descripción que sigue me baso en lo esencial en la reflexión realizada en el seno de la Federación Internacional de Universidades Católicas y la Congregación para la Educación Católica realizada el 2002. Cfr. Congregación para la Educación Católica, Federación Internacional de Universidades Católicas. “Globalización y Enseñanza Superior Católica. Documento de Trabajo 2004”, especialmente lo relativo al concepto de globalización, pp. 11-12.

⁵ Para una mayor profundización sobre el tema cf. Conferencia Internationalis, Vaticano, 2-6, XII, 2002, CD-ROM, Ed. IFCU/FIUC.

la mera expresión económica de una creciente interdependencia y de acuerdos internacionales, en un mundo exclusivamente orientado hacia el mercado y a la competitividad.

Si observamos con atención, es importante reparar en la globalización como un *fenómeno multidimensional*⁶ que va creando nuevas formas de relación social, donde interactúan las diversas esferas: económica, cultural, política, tecnológica, ética, ecológica. Al mismo tiempo, e igualmente importante, van condicionando cada vez más las actitudes de las comunidades locales y la vida personal de sus integrantes, particularmente de los más jóvenes⁷.

Si lo anterior ya se hacía evidente hace algunos años, hoy se advierte que la globalización ha entrado en estos últimos años en una fase de ulterior ampliación y diversificación que merece observación constante: interdependencia creciente de la sociedad y de sus propios segmentos; velocidad de las ideas y sus procesos e impacto de lo global en las decisiones locales; escenarios de complejidad e incertidumbre del mundo y sus mecanismos de interacción, etc.

Para nuestro efecto, lo central no está en una caracterización completa del panorama sino más bien analizar las actitudes de fondo que suele despertar en el seno de la reflexión creyente. ¿Qué valoración podemos hacer del fenómeno de la globalización presente en nuestro medio y que enmarca la dinámica de modernización que ha caracterizado las últimas décadas de nuestro país? A riesgo de simplificar, presento dos visiones (actitudes) contrapuestas y que condicionan las lecturas de base de nuestro actual contexto socio-cultural (y la consiguiente respuesta pastoral/educativa que debiese asumirse).

La primera, y que suele ser la más frecuente, es una visión crítica al fenómeno y con matices reactivos. En el fondo, se trata de una valoración que ve en el fenómeno de la globalización la amenaza mayor de continentes como el nuestro; pues vía las transformaciones económicas muchos estarían quedando aún más excluidos y marginados. Llevado al extremo, estamos asistiendo a una nueva imposición y, en última instancia, a una nueva manera de colonialismo capitalista⁸.

⁶ El documento antes citado de Congregación para la Educación Católica y la Federación Internacional de Universidades Católicas (cf. supra, cita 5) da especial énfasis al carácter multidimensional del fenómeno. Esto mismo, a mi modo de ver, permite una lectura de la ambivalencia que genera el mismo proceso, tanto en sus aspectos críticos o negativos como en sus potencialidades. Esta constatación pareciera estar a la base de la mirada del magisterio eclesial sobre el fenómeno. A modo de ejemplo: cf. FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 62 y 77.

⁷ Como hemos mencionado anteriormente, los Informes del PNUD sobre Desarrollo Humano en Chile son particularmente ilustrativos de los impactos y cambios que este fenómeno ha tenido en nuestro medio. Cf. "Nosotros los chilenos: Un desafío cultural". 2002, especialmente Parte 3, cap. 1., Las nuevas condiciones de la producción cultural 86-91; y Parte 5, cap. 5, Los cambios de las identidades y pertenencia religiosa, 234-241.

⁸ Esta visión goza de una amplia aceptación entre diversos científicos sociales y ha tenido eco en los

La segunda visión, en cambio, pone su acento en la constatación del fenómeno como un nuevo contexto que invita a ser asumido crítica y proactivamente. Esta tendencia invita a: 1) ver los impactos del fenómeno en sus diversas esferas (económico; social; político; formas de vida personal); 2) ponderar de mejor manera su ambivalencia, pues efectivamente puede llevar a una mayor exclusión social y agravamiento de nuestros problemas endémicos o, bien, a percibir sus oportunidades para la superación de estos. No excluye los elementos críticos ante los límites de una visión de desarrollo centrada en lo económico y que no favorece un crecimiento más equitativo. Con todo, invita a mirar el fenómeno en sus diversos ámbitos pues no es unidimensional y va generando una forma de relacionarnos que presenta rasgos inéditos.

En independencia de las diversas visiones y valoración ante el proceso de globalización, un principio de realidad se impone por su peso: *el fenómeno de la globalización y de la modernización tardía* es un hecho que está instalado socialmente en nuestro medio y, antes que una actitud apologetica o de negación indistinta, lo que cabe es un ejercicio de discernimiento crítico ante él para pronunciar un sí o un no responsable ante sus múltiples causas, dimensiones y consecuencias.

2. La secularización, un proceso desconcertante

Dada su importancia y magnitud, estimo oportuno analizar de manera propia el proceso de secularización pues, a mi modo de ver, está influyendo notoriamente en la experiencia de la fe y actuando en los sustratos más profundos de nuestra cultura. En efecto, desde el campo de la sociología de la religión se pueden observar importantes cambios en las actitudes, en las prácticas y en los conocimientos que tiene la población sobre el hecho religioso.

A modo de ejemplo, señalamos algunos antecedentes.

El dato de la creencia y la pertenencia religiosa están sufriendo una movilidad real y acelerada, cuestión que es digno de observar, pues, y a diferencia de otros procesos sociales, las ideas y creencias religiosas suelen evolucionar muy lentamente.

Qué es posible observar como rasgo principal: el fuerte declive de la población que se declara católica⁹, de la mano del progreso de la población

movimientos sociales que se pronuncias con fuerza contra un tipo de desarrollo centrado sólo en lo económico y que consagra una mala distribución de los ingresos.

⁹ Para efectos de una mirada general, me remito a dos estudios de épocas diferentes que nos hacen presente el mismo fenómeno: Cf. VALENZUELA, Eduardo, BARGSTED, Matías, SOMMA, *¿En qué creen los chilenos?*, 2013, 2 ss. Conviene reparar que este fenómeno no estaría relacionado solo a la de

evangélica, por un lado, y de la población que declara ninguna religión, por otro. Son aquellos que engrosan la “religión invisible”, como algunos lo han denominado. Estas son principalmente mujeres, los jóvenes, las que tienen mejor educación y las de posiciones socioeconómicas media y alta. Asimismo, en la población creyente se constata la mantención de una fuerte religiosidad popular, aunque poco esclarecida con los compromisos de su fe.

Por otra parte, la religiosidad de los católicos experimenta cambios, al menos en la adhesión a determinadas creencias y prácticas religiosas.

Pienso oportuno una atenta observación al fenómeno religioso en nuestro medio, pues su movilidad es anterior a lo que hemos convenido en denominar globalización y que, al sentir de algunos, este último afectaría sólo a ciertas esferas o estratos de la cultura. Ciertamente en el ámbito de la experiencia religiosa la situación es en sí misma compleja. En efecto, si reparamos con atención y miramos en retrospectiva la religiosidad misma -Dios por ende- era el verdadero sustrato de la realidad. Hoy en cambio, todo aquello no está exento de sospechas o, al menos, notoriamente diluido. Es un lugar común afirmar que el trasfondo de esta situación estaría dado por el secularismo que nos estaría afectando y que, decididamente, prefiero llamar secularización¹⁰. Este último es un proceso que ha conducido a una concepción de mundo y de sus diversas esferas y a una praxis, por tanto, que prescinde de su fundamento trascendente para considerar sólo su aspecto inmanente. Se trata de la autonomía de lo humano, y de sus diversas esferas, que ha sustentado el pensamiento moderno de los últimos siglos, especialmente en el occidente de matriz judeo-cristiana, y no representa necesariamente una negación de lo trascendente, al menos indistintamente. En cambio, el secularismo sólo repara en la oposición a la experiencia trascendente, por cierto estrecha, que algunos dan a este proceso.

Disto mucho de haber en la sociedad –y en la reflexión teológica– una valoración común sobre este diagnóstico. Para algunos creyentes, –tal vez los más numerosos– estamos ante una gran apostasía o una suerte de abandono masivo de la fe y, por consiguiente, a un vaciamiento de la identidad religiosa más profunda de nuestros pueblos. El secularismo sería, entonces, el fundamento ideológico más profundo que niega o menoscaba la experiencia religiosa. Para otros, en cambio, la

pérdida de confianza en la Iglesia. En independencia de ese factor, el proceso sería de más larga data: cf. VAN DORP, Patricia. *Religiosidad en el Gran Santiago*, CISOC–Bellarmino, 1985.

¹⁰ Walter Kasper plantea lucidamente la necesidad de distinguir claramente el secularismo del proceso de secularización, como un trasfondo mayor desde el cual debemos plantearnos la pregunta y la experiencia por Dios. Cf. su obra *El Dios de Jesucristo*. Ed. Sígueme: Salamanca, 1990, pp.18ss, planteamiento en el cual me baso en los párrafos que siguen referidos a la distinción entre ambos conceptos y sus diversas valoraciones. Además, sobre la necesidad de asumir el reto teológico que este contexto representa para hablar de Dios, cf. KASPER, Walter. “Es tiempo de hablar de Dios”, en G. Augustin (ed.) *El problema de Dios, hoy*. Sal Terrae: Santander, 2012, pp. 15-31.

secularización –que no representa una negación indistinta de la fe– es una suerte de “acto de autoafirmación humana”. Es decir, frente a una trascendencia que anula el espacio humano, que menoscaba la capacidad autónoma por parte del hombre, surge la necesidad de la autoafirmación.

Una vez más, estamos frente a un fenómeno complejo que requiere atención, pues no es una cuestión meramente académica. Más bien –y esta es mi impresión al observar los acelerados cambios que se constatan en la experiencia religiosa en nuestro medio– son el palpito profundo de nuestros procesos que mantienen en el desconcierto a los adultos y que, hoy, más que otros factores, está modelando la actitud de los jóvenes ante la fe.

Dos cuestiones parecen obvias a la hora de señalar un balance preliminar. En primer lugar, todo indica que nos movemos aceleradamente hacia una forma de entender nuestros proyectos de vida y las diversas esferas de la realidad, de manera completamente autónoma. Esta cuestión pareciera obvia, pero no ha sido suficientemente reflexionada al interior de la experiencia religiosa. En segundo lugar, si concedemos que la realidad es autónoma¹¹, la cuestión surge inevitablemente para la conciencia religiosa: ¿cuál es la relación entre ese mundo autónomo y la experiencia de la fe?

3. Desafíos o interpelaciones a la experiencia de la fe

Ciertamente, lo esbozado anteriormente no es completo ni concluyente. El estado del arte de la cuestión obliga a una consideración y a una ponderación permanente. Sin embargo, es sano identificar las cosas como son: la magnitud de los cambios plantea una situación desconcertante a la sociedad y a la experiencia de la fe, especialmente a ciertas formas de entender y vivir el cristianismo; y, por cierto, a una búsqueda de diálogo desde esa experiencia con la cultura actual.

Veamos, entonces, algunos desafíos o interpelaciones más precisos.

a. Una condición básica: una nueva época requiere de nuevas actitudes

Las características y los alcances de los cambios sociales nos mantienen en un permanente fuego cruzado. Es sano constatar que esta situación despierta polémica al interior de la iglesia, especialmente si relacionamos esos cambios a su tarea evangelizadora.

¹¹ Asumiendo lo señalado por el Concilio Vaticano II, en *Gaudium et spes*, 36.

Si la evangelización no es sólo traspaso de costumbres, doctrina y disciplina, sino un anuncio novedoso para cada generación y momento histórico, entonces ésta no puede hacerse si no es un diálogo con la cultura emergente. Diálogo que estamos llamados a realizar desde nuestra identidad, pero que no puede encerrarnos en una actitud apologética de negación indistinta de la cultura.

Pareciera que la primera señal que esperan nuestros contemporáneos es saber cómo la Iglesia asume esta suerte de encrucijada que representa la cultura actual: si con una actitud de negación o, bien, escrutando, sin temor, los signos de los tiempos. No se trata de una aceptación a ciegas de la realidad, pues esta requiere de denuncia en aquello que tienen de negatividad, pero no negando el curso del acontecer histórico.

b. Desafíos a nivel de los jóvenes

Desde mi rol de educador, me parece importante relevar el tema del traspaso generacional de la experiencia de la fe. Entre otros, esto implica “partir desde los jóvenes”, haciendo de ello una suerte de lugar teológico. Esto, mirado desde el punto de vista de las transformaciones culturales requiere de mayor atención y definición social. Me referiré sólo a dos aspectos, socialmente y eclesialmente pertinentes.

El primer aspecto dice relación a los jóvenes mismos; ¿de qué manera están impactando los acelerados procesos de cambios en el mundo de los jóvenes?

Esta es una cuestión social que requiere de mayor atención, pues hay ciertos signos que nos pueden estar advirtiendo no sólo de una generación diferente, sino de un quiebre generacional. La intensidad de las movilizaciones estudiantiles de hace pocos años; los signos de rechazo o no aceptación de instituciones clásicas; las pérdidas de credibilidad en el discurso y en la acción de los mayores; las nuevas modalidades propias de comunicación y relación, todo ello nos advierte que podemos estar ante signos de un quiebre o ruptura intergeneracional que puede causar mucho daño al conjunto de la sociedad. En este contexto, es importante repensar nuestro rol, en tantos adultos por cierto, como educadores. Los jóvenes buscan cercanía y le piden autenticidad a una sociedad que los idealiza pero que, en la práctica, los abandona.

El segundo aspecto atañe a todos; ¿qué espera la sociedad (adultos y jóvenes) de la educación? No es el momento para abordar la riqueza y las limitantes de las políticas públicas en educación y del serio rezago social que tenemos en esta materia. Si miramos con atención, el nuevo escenario plantea serios retos al problema educativo. Por un lado, es indudable que se requieren, y aceleradamente, nuevas competencias y conocimientos, pero no podemos abandonar la dimensión

de transmisión de valores y aquello que queremos traspasarle como nuestro legado más valioso. Aquí hay ciertamente un desafío social mayor y una gran oportunidad para una visión educativa de los procesos sociales. Pareciera que nos urge un nuevo contrato social en materia de expectativa referente a la educación. Educar a la persona, despertar al ciudadano, capacitar al profesional en un contexto explosivo del conocimiento y escenarios plurales y cambiantes, etc. son desafíos que no pueden concretarse si no hay procesos de convergencia intergeneracionales.

c. Un desafío mayor: releer nuestra identidad

A riesgo de estar profundamente en el error, es necesario decirlo: el desafío principal no viene desde fuera, con su contexto más o menos adverso o ambivalente, sino en el seno del propio cristianismo. En efecto, los cambios rápidos y profundos, no sólo afectan a la sociedad, sino que conciernen también –y muy profundamente– a la religión y son en buena medida una crisis de la propia Iglesia.

En efecto, la situación es problemática, no sólo por los propios cambios del mundo, sino porque la propia Iglesia –y la diversidad de sus carismas– se debe dar a la tarea de cambiar. En una eclesiología clerical la cosa sería más fácil pues los roles y funciones estaban claramente delineadas. En cambio, en una eclesiología de Pueblo de Dios, la situación se hace más compleja.

Es más, la Iglesia tardíamente logró conciliarse con las interpelaciones de la modernidad y, no habiendo acabado ese proceso, la propia modernidad cambió y pareciera que nuevamente la perplejidad y el temor nos paralizan. Por momentos se ha creído que lo necesario es cuestión de un nuevo método, de un nuevo lenguaje y de más ardor. Siendo aquello plenamente válido, pareciera que es insuficiente. Baste pensar en el divorcio cada vez más presente entre la fe transmitida y la experiencia real de muchos al interior del Pueblo de Dios para sostener, sin dramatizar, que estamos ante una suerte de cisma o ruptura silenciosa, pues no son pocos los creyentes que experimentan un sentimiento de dolor ante algunas posiciones de nuestra Iglesia y, en otros, una ruptura interior con la comunión eclesial que pareciera insalvable. De manara tentativa, menciono algunos elementos que debiesen estar presentes.

Evocando la expresión de *Novo Millennio Ineunte*, el gran desafío que tenemos delante en el milenio apenas comenzado es precisamente “hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión”, papel confiado a todo el Pueblo de Dios (para ello es necesario superar esta persistente debilidad en torno a la teología de las vocaciones: laical, de la vida religiosa, ministerial). Con honestidad, debemos admitir que necesitamos una mayor conversión al Evangelio del Señor y al valor de su Iglesia (tal vez debamos recordar que más que creer en la Iglesia, creemos en

Iglesia). Un segundo orden de cosas, la cuestión del método no es menor. Este no puede ser sino el diálogo y el interés real por los problemas de hoy. En especial el reto de la injusticia y su repercusión sobre la fe, pues no es creíble una esperanza en un mundo nuevo sin un compromiso con los graves problemas de hoy. La injusticia con sus secuelas de marginalidad, exclusión, vulnerabilidad y pobreza sigue siendo uno de los problemas más graves que sufre nuestro mundo globalizado y nuestro propio medio. Por consiguiente, tal vez la relación entre evangelización y promoción humana en toda su integridad, sea el camino a recorrer, y que en clave educativa, significa evangelizar en el campo de la autonomía de la cultura y de la educación, asumiendo su creciente complejidad y discerniendo en ella los signos de los tiempos.

En tercer lugar, requerimos pensar una teología secular o del mundo. En efecto, el estado del arte nos obliga a una nueva lectura de nuestra tradición doctrinal y a una inteligencia, en la fe, de las preguntas de nuestros contemporáneos. No debemos temer el comenzar de nuevo pues cada generación está llamada a comenzar, desde la Pascua del Señor, su historia. Desde ese punto de vista, es posible advertir un cierto temor y comodidad intelectual al colocar el acento sólo en la búsqueda de nuevos métodos y lenguajes.

¿No hay acaso riqueza suficiente en la tradición para comprender desde la teología de la creación la radical laicidad del mundo y del devenir histórico? ¿No ha sido nuestra propia tradición la que habla de la unicidad de la persona humana, contra toda suerte de dualismos? ¿Dudamos, tal vez, de aquellos que esperan un cielo nuevo y una tierra nueva sin enajenarse de la suerte histórica de su tiempo? Es indudable que necesitamos de una mayor comprensión de nuestra propia fe. En particular, respecto de cómo superar esta asimetría del giro antropológico de nuestra época. Hemos llegado a admitir que la fe religiosa puede llegar a ser una verdadera ideología para el hombre, pero aún no somos capaces de asumir que la fe también puede ser una ilusión que infantiliza a la persona. Ciertamente, el ámbito de la subjetividad es una deuda pendiente.